

VÉRTIGO



El aire pesa, te empuja sin tocar.

Miras abajo. El suelo se curva, los edificios se inclinan, el mundo se deforma. No caes, pero la caída ya ha empezado dentro de ti.

Tus manos sudan, la barandilla es frágil.

El viento susurra: *¿Y si saltas?*

No quieres, pero la idea está ahí.

El miedo no es la altura.

Es la posibilidad de caer.

Es ese instante en que, por un segundo, casi das un paso adelante. Cierras los ojos
Pero el abismo sigue dentro.

Esperando. Siempre esperando.

VÉRTIGO



El aire pesa. No es solo viento, es una presencia, una presión invisible sobre tu pecho. Como si el cielo tuviera manos y las apoyara en tus hombros, empujando con delicadeza.

Miras abajo. No deberías. Pero lo haces.

El suelo no es suelo, es un recuerdo distante que se distorsiona, se curva, se desliza como si tratara de escapar de tu vista. La ciudad se retuerce en ángulos imposibles, los edificios pierden su forma y todo parece inclinarse hacia ti. No caes, pero la caída ya ha comenzado dentro de tu cabeza.

Un escalofrío te sube por la columna. No hay nadie detrás, pero juras que algo te está empujando.

Tus manos sudan. Agarras la barandilla con fuerza, pero no estás seguro de si es para sostenerte o para comprobar que realmente estás aquí, en este borde, en este instante que se siente demasiado frágil.

Tu mente susurra: *¿Y si saltas?*

No porque quieras. No porque lo deseas. Solo porque puedes.

VÉRTIGO

El aire pesa. No es solo viento, es una presencia, una presión invisible sobre tu pecho. Como si el cielo tuviera manos y las apoyara en tus hombros, empujando con delicadeza.

Miras abajo. No deberías. Pero lo haces.

El suelo no es suelo, es un recuerdo distante que se distorsiona, se curva, se desliza como si tratara de escapar de tu vista. La ciudad se retuerce en ángulos imposibles, los edificios pierden su forma y todo parece inclinarse hacia ti. No caes, pero la caída ya ha comenzado dentro de tu cabeza.

Un escalofrío te sube por la columna. No hay nadie detrás, pero juras que algo te está empujando.

Tus manos sudan. Agarras la barandilla con fuerza, pero no estás seguro de si es para sostenerte o para comprobar que realmente estás aquí, en este borde, en este instante que se siente demasiado frágil.

Tu mente susurra: *¿Y si saltas?* No porque quieras. No porque lo deseas. Solo porque puedes